

EL PODER DE LOS SILENCIOS Y LOS SILENCIOS DEL PODER.

LOS VAIVENES DE LAS CONMEMORACIONES DEL “ONCE” CHILENO. 2001 – 2006.¹

Marcelo Casals Araya²

Resumen

Las memorias sociales sobre el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 han ido variando sus lógicas luego de la restauración democrática, fenómeno que es posible aprehender a partir del estudio de los aniversarios de dicho suceso. El presente artículo pretende analizar y explicar estos cambios en los primeros años del siglo XXI, haciendo hincapié en las directrices conmemorativas que han impulsado los actuales sectores dominantes. Esta narrativa está caracterizada tanto por el rechazo a quienes levantan versiones confrontacionales del pasado dictatorial como por la resignificación de sus elementos más conflictivos, transformándola en una versión consensuada e higienizada del pasado reciente. Más allá de la reavivación temporal en la sociedad de las divisiones de antaño, la conmemoración de los treinta años del golpe de Estado en el 2003 constituyó el momento de mayor difusión social de esta línea evocativa.

Palabras claves: Memoria – Poder – 11 de septiembre – Concertación – Pinochet – Chile.

Consideraciones Preliminares

No es descabellado concebir al 11 de septiembre de 1973 como el día de mayor densidad histórica del siglo XX chileno. Aquel martes primaveral ha marcado a fuego al país, persistiendo en él continuas irrupciones de memoria que nos retrotraen a esas horas refundacionales. Sin embargo, estas operaciones evocativas no son estáticas ni unívocas. Encarnan en su seno un grado de historicidad que las modifica continuamente. La memoria, como nos dice Jelin, enlaza el pasado rescatado, el presente vivido y el futuro esperado, resultando

1. Agradezco a Steve J. Stern por su fundamental apoyo y certeros comentarios en la redacción de estas líneas, así como también a Carla Rivera, Mauricio Onetto, Nicolás Lema y Sergio Pastene.

2. Licenciado y estudiante del Programa de Magister en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

de ello una compleja narrativa social que se acomoda a los climas políticos y culturales en los cuales se desenvuelve. Estas construcciones, además, raramente son consensuadas, sino que por el contrario se constituyen en espacios de lucha por los sentidos y las verdades, alimentándose de múltiples motivaciones para ello³.

En las páginas siguientes se pretende analizar las formas de rememoración del 11 de septiembre en el Chile de los últimos años, rescatando la historicidad y la multiplicidad de sus expresiones y poniendo el énfasis en las presiones culturales que emanan desde los sectores actualmente dominantes por imponer una dirección particular de memoria. Los aniversarios del golpe de Estado, en tanto “coyunturas de activación de la memoria”, constituyen entradas privilegiadas para analizar estos fenómenos. Son momentos en donde los “trabajos de la memoria” son arduos e intensos, reconfigurándose las perspectivas rememorativas y los sentidos elaborados⁴. Además, en estas fechas la normalidad cotidiana se quiebra, remitiéndonos de manera obligada a los fenómenos que mediática y colectivamente se recuerdan, enlazando experiencia personal y narrativa social⁵. Difícil es para un chileno, desde su perspectiva e independiente de su edad, no visualizar a La Moneda en llamas en cada aniversario de este suceso.

Steve Stern plantea que a raíz del quiebre institucional de 1973 se han generado en Chile al menos cuatro tipos de “memorias emblemáticas”, es decir, marcos interpretativos que otorgan claves de sentido para la elaboración del pasado. Estas construcciones se vieron durante varios años envueltos en una intensa pugna por la hegemonía de la memoria⁶. Sin embargo, en el Chile de los primeros años del siglo XXI ya no es posible identificar estos enfrentamientos discursivos abiertos, en donde eran recurrentes los argumentos reduccionistas que demonizaban o sacralizaban la totalidad de lo acaecido. Las batallas por la memoria, lejos de haber agotado su intensidad, han tomado nuevos rumbos en

3. Elizabeth Jelin, “Introducción”, en: Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*, Siglo XXI, Madrid, 2002, pp. 1 - 2.

4. Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid, 2002, pp. 51 - 53.

5. Steve J. Stern, “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973 - 1998)”, en Mario Garcés et alt. (comps.), *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, LOM, Santiago, 2000, pp. 22 - 23.

6. *Ibidem*, pp. 14 - 18. Estas y otras nociones son el aparato metodológico de Steve Stern, *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998*, Duke University Press, Durham, 2004.

función de la renovación de intereses sobre el pasado, el presente y el futuro, íntimamente relacionados con la legitimación y conservación del orden político, económico y social. En reemplazo de los choques de las memorias, ahora se busca eliminar la carga conflictiva de estas elaboraciones, construyendo un nuevo tipo de memoria de características blanqueadoras y neutralizantes.

De este modo es posible señalar que en el período 2001-2006, los anhelos hegemoneizantes de los conflictos rememorativos han cambiado su eje confrontacional. Desde una pugna horizontal entre distintos grupos que, en tanto grupos y sujetos “emprendedores de la memoria” levantaban disímiles construcciones interpretativas sobre el pasado, se ha pasado a un intento de imposición vertical de una versión de la historia reciente chilena desprovista de sus implicancias generadoras de antagonismos. Ciertamente que el paso de una dinámica a otra no es automática. Los intentos por apaciguar las divergencias de la memoria nacen casi simultáneamente con el “once” mismo. Del mismo modo, los grupos que aún defienden sus “memorias emblemáticas” continúan sus funciones, aunque en posiciones desmejoradas. Más que las intencionalidades o los actores involucrados, lo que ha cambiado ha sido el énfasis y la dirección de estas pugnas.

Para graficar esta situación, es útil lo planteado por Azún Candina en su estudio sobre el “once” chileno. Para la autora, la rememoración anual del quiebre institucional puede ser entendida como una “instalación”, en donde no solamente se conmemora para consolidar sentidos de un “nosotros” que “conoce la verdad”, sino también para ocupar la memoria de “otros” y así instaurar una versión unívoca de lo acaecido⁷. Si durante la dictadura militar se impulsó esta “instalación” con fines hegemoneizantes, bajo los gobiernos de la Concertación, sobre todo en el sexenio tratado en este estudio, se favoreció la “desinstalación” de la fecha, intentando infructuosamente anular su carga conflictiva.

Con todo, es necesario no confundir estas dinámicas. El antónimo de la memoria no es necesariamente el olvido. Si bien la sociedad actual parece más propensa a eliminar los sentidos del pasado como condición para su funcionamiento, esto no es igual a plantear que el sentido de la memoria que

⁷ Azun Candina, “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile. (1974 - 1999)”, en Elizabeth Jelin (comp.), *op. cit.*, p. 12.

se busca instaurar sea la negación de sí misma⁸. Más que olvidos, es necesario hablar de silencios, que por otro lado se encuentran presentes en todo esfuerzo evocativo. Así, como herramienta analítica, es posible hablar de “memorias profundas” y “memorias superficiales” para referirnos a los vaivenes de estos últimos años. De este modo, la continuidad de las elaboraciones del pasado con algún grado de ambición interpretativa global, muchas veces coincidente con los fenómenos anteriores asociados a las “memorias emblemáticas”, caben dentro de la primera noción, mientras que la segunda hace referencia a las construcciones basadas en selecciones descontextualizadas de tópicos del pasado, pensadas como miradas consensuadas y no conflictivas⁹. Esta pugna, como veremos, se encuentra atravesada por diferentes estrategias mediáticas de neutralización y blanqueamiento de sentidos, además de incipientes intentos de resistencia. Para hacer ver esto, es que se han seleccionado como fuentes principales los periódicos *El Mercurio*, *La Nación* y *The Clinic*, en tanto representantes de los sectores conservadores, oficialistas y punzantemente divergentes de las “memorias superficiales”, respectivamente.

8. Grínor Rojo, Julio Pinto y Pedro Milos son algunos de los autores que plantean el tema del “olvido” como dominante en las dinámicas actuales de la memoria. El primero relaciona esto con la modernidad capitalista en general, mientras que Pinto y Milos lo mencionan en referencia al sistema neoliberal imperante en Chile. La idea de fondo es que las necesidades de progreso y competencia inherentes a la lógica de mercado suscitarían un ambiente cultural de negación de la memoria. Mucho de esto es así, que duda cabe, pero creo que las dinámicas de olvido, o silencios, son algo más sutiles. Más que la negación del recuerdo, resulta preciso hablar de una reorientación hacia versiones neutralizadas del pasado. Julio Pinto, “Balance de un medio siglo: historiadores y cuentistas sociales enfrentan el 2000”, en Mario Garcés et al. (comps.), *op. cit.*, pp. 107 – 108; Grínor Rojo, “Negación y persistencia de la memoria”, en *Ibid*, pp. 325 – 329; Pedro Milos, “Memoria colectiva: entre la vivencia y la significación”, en *Ibid*, pp. 43 – 44.

9. En otras palabras, distingo a las “memorias superficiales” de las “memorias profundas” no por su intencionalidad consciente, su carácter fragmentario o su permanente resignificación, rasgos propios de toda memoria, sino que más bien por sus fines. Las primeras buscan el apaciguamiento del conflicto mediante la proyección de narrativas consensuadas y estructuradas a partir de la anulación de sus cargas polémicas, mientras que las segundas se levantan en tanto existen otras versiones totalizantes, coherentes y socialmente enraizadas de lo recordado, generándose así una disputa por los sentidos del pasado. La pugna, entonces, de ser (relativamente) horizontal, pasa a orientarse de modo vertical, toda vez que las “memorias superficiales” constituyen versiones generadas y difundidas desde los sectores dominantes (el Estado entre ellos) hacia el resto de la sociedad.

Las “Desinstalaciones”. Los intentos por borrar el “once”

El proceso de instalación de la fecha conmemorativa se inició con el primer aniversario del golpe militar. Desde entonces, el nuevo régimen buscó mediante masivas reuniones públicas construir un mensaje de paz, estabilidad y normalidad, que no encontrara réplica dentro del país. Marchas de “civilidad”, multiplicación de símbolos patrios, exposición del folklore campesino conservador e inauguración de monumentos alusivos, como la “Llama de la libertad”, acompañaron a este esfuerzo, complementado con una fuerte campaña mediática. El aniversario del Pronunciamiento finalmente se convirtió en un día feriado en 1981, aunque en las celebraciones anteriores las actividades igualmente se detenían. Bajo todo este despliegue, y en un aterrador silencio, el Chile vencido rememoraba su fracaso y lloraba a sus caídos¹⁰.

Los gobiernos de la Concertación, una vez en el poder, intentaron quitarle el protagonismo oficial transferido a la fecha. En agosto de 1998, luego de intensas negociaciones entre el senador vitalicio Augusto Pinochet y el dirigente demócratacristiano Andrés Zaldívar, finalmente se logró eliminar el carácter de feriado del “once”, reemplazándolo por el “Día de la Unidad Nacional” fijado para el primer lunes de septiembre¹¹. La detención de Pinochet en Londres pocas semanas después, sin embargo, pulverizó las ilusiones de apaciguar las diferencias. El extenso cautiverio del ex-dictador reavivó con fuerza las diferencias en torno a la memoria, haciendo fracasar este primer intento institucional de “desinstalación” de la fecha.

En el 2001, y ante el evidente fracaso, las principales fuerzas políticas -Alianza por Chile y Concertación- optaron por la derogación del “Día de la Unidad Nacional”, aunque sin restablecer el feriado anterior. Los medios de comunicación representativos de estas tendencias coincidieron en el diagnóstico. La Nación observaba por entonces que era innecesario “vincular

10. Azún Candina, *op. cit.*, pp. 13 - 14. Existen también otros casos de “instalaciones” de fechas conmemorativas por parte de regímenes dictatoriales en América Latina. Quizás el caso más explícito sea el paraguayo. El 3 de noviembre fue nombrado como “fecha feliz” debido al cumpleaños de Alfredo Stroessner. Una vez derrocado, sin embargo, el día se convirtió en arena de combate por la memoria. Myrian González Vera, ‘Fecha feliz’ en Paraguay. Los festejos del 3 de noviembre, cumpleaños de Alfredo Stroessner”, en Elizabeth Jelin (comp.), *op. cit.*, pp. 169 y ss.

11. *Ibid.*, pp. 36 - 38; La Nación “¿Para qué sirve el Día de la Unidad Nacional?”, Santiago, 3 de septiembre de 2001, pp. 6 - 7.

la voluntad de la unidad nacional con una fecha que sólo fue el resultado de la transacción política destinada a terminar con el aniversario" del "once"¹². Asimismo, El Mercurio señalaba que "los chilenos asumen el feriado sólo como un día de asueto, sin darle un sentido nacional"¹³, lo que se demostraría en el escaso poder de convocatoria de los actos conmemorativos convocados para ese día¹⁴. Además el nuevo día de rememoración se prestaba para actos violentistas, además del "once". La multiplicación de espacios de expresión antisistémica, de hecho, fue quizás el argumento más fuerte para la derogación de este feriado.

Sin embargo, un evento resonancia mundial potenció los intentos "desinstaladores" emanados desde los círculos de poder. El 11 de septiembre de 2001 dos aviones comerciales impactaron contra las Torres Gemelas en Nueva York, provocando sus impresionantes desplomes y matando a miles de personas. El atentado terrorista de mayor magnitud en suelo norteamericano, no era para menos, concentró toda la atención mediática de Chile y el mundo, pasando el 28° aniversario del golpe de Estado a segundo plano. The Clinic, ante la perspectiva de desaparición de la relevancia simbólica del "once" criollo colocaba irónicamente en uno de sus titulares: "Los gringos no se llenan nunca. Primero fue el cobre y ahora el 11 de septiembre. Bombardeo de La Moneda vale hongo al lado del avionazo contra las torres gemelas, aseguran expertos"¹⁵. Bromas aparte, existía la sensación de que cualquier intento evocativo carecería de relevancia ante la magnitud del desastre estadounidense y sus fuertes consecuencias en la geopolítica mundial. No era iluso preguntarse, en este sentido, si acaso la apropiación de la fecha por los Estados Unidos no anularía el carácter evocador y provocador del "once" nacional¹⁶.

12. *La Nación*, "Septiembre y la Unidad Nacional", Santiago, 5 de septiembre de 2001, p. 7.

13. *El Mercurio*, "'Día de la Unidad Nacional' no logra arraigo", Santiago, 3 de septiembre de 2001, C 3.

14. *El Mercurio*, en un tradicional afán cuantificador, fundamentará esto con la cobertura al acto del Movimiento Vitalicio Augusto Pinochet en el monumento Mártires de Carabineros, que convocó a 50 personas, y a las pocas decenas de familiares de detenidos desaparecidos reunidas en el monumento a Salvador Allende. *El Mercurio*, "Pinochetistas y organismos de Derechos Humanos: Escasa convocatoria del 'Día de la Unidad Nacional'", Santiago, 4 de septiembre de 2001, C 3.

15. *The Clinic*, n° 60, Santiago, 20 de septiembre de 2001, p. 2. Este periódico nació en octubre de 1998, tomando su nombre del lugar en donde Pinochet estuvo detenido en Londres. La publicación se planteó crítica en su momento ante los intentos del gobierno por traer de vuelta a Chile al ex mandatario, haciendo gala de un hilarante estilo satírico, pilar de su gran éxito hasta el día de hoy.

16. Elizabeth Jelin formuló estas interrogantes al poco tiempo de sucedidos estos episodios en un epílogo al artículo de Azún Candina ya citado, redactado antes de estos sucesos. Elizabeth Jelin (comp.), *op. cit.*, pp. 50 - 51.

Al cumplirse el primer aniversario del atentado a las Torres Gemelas, en el 2002, los medios de comunicación interesados por la “desinstalación” de la fecha pusieron el énfasis en lo secundario de la conmemoración chilena. El clima político y social, señalaba La Nación ese mismo “once”, estaba “desactivado y opacado por la cercanía temporal y magnitud de los atentados”. Por esto, sólo cabía esperarse “actos de recogimiento, tanto gubernamentales como no oficiales”. Lógicamente, las declaraciones del Ejecutivo iban en la misma dirección, enlazando ambos aniversarios y llamando a la conmemoración pasiva e individual¹⁷.

Dentro de las estrategias del silencio es necesario consignar una más, que no tiene un origen coyuntural y que atraviesa transversalmente el sexenio en estudio. Se trata de un continuo llamado a mirar al futuro, evitando quedarse entrapado en las divisiones generadas en el pasado. Cada “once”, en una especie de ritualización futurista, los medios de comunicación masivos, sumados al Gobierno y a otras instituciones de poder (como la Iglesia y el Ejército) formularán llamados a conmemorar “con visión de futuro” el nuevo aniversario, es decir, orientar la memoria no tanto hacia lo evocado, sino más bien hacia las expectativas promisorias generadas en un presente optimista. El desarrollo democrático, la estabilidad económica, los avances sociales y los espacios de expresión conquistados serían, sobre todo para el tabloide oficialista, los fundamentos de esta posición. La Nación, de hecho, caracterizó como “días de esperanza” al 30° aniversario del quiebre institucional, exponiendo con detalle los logros en estas materias de los gobiernos concertacionistas¹⁸. Ciertamente, este tipo de estrategia es bastante burda. No es de extrañar que, por ejemplo, las agrupaciones de familiares de detenidos desaparecidos reaccionen con virulencia ante estas expresiones. The Clinic, fiel a su estilo, propondrá la siguiente comparación, dejando ver las cuestionables implicancias de este tipo de expresiones:

Piden olvidar rencillas del pasado y mirar al futuro: Fanáticos musulmanes envían carta de reconciliación a Bush. 'No hay que quedarse pegado en el pasado ni escarbar en las heridas que nos dividen. Mal que mal somos del planeta Tierra y si seguimos así,

17. La Nación, “Factores para un ‘11’ opaco”, Santiago, 11 de septiembre de 2002, p. 5.

18. La Nación, “Afianzar nuestra república”, Santiago, 12 de septiembre de 2003, p. 18.

*nunca vamos a salir adelante', dice parte de la misiva*¹⁹.

Sin embargo, en donde si es posible encontrar las sutilezas de las políticas de la memoria es en sus construcciones sobre el pasado, condicionadas por los intereses políticos apaciguadores y caracterizada por la profusión de sus silencios.

A partir del atentado del 2001 en los Estados Unidos y la desaparición como actor público de relevancia de la figura de Pinochet -una vez liberado desde Inglaterra-, las estrategias de la memoria se enfocaron a instaurar un sentido del pasado bastante particular. Tal como lo han señalado algunos estudiosos de estos temas, existe una relación directa entre memoria, producción de sentidos y poder, en la medida en que por una expresa voluntad colectiva (o también por una imposición vertical, o ambas cosas) ciertos tópicos conflictivos se marginan de la narrativa social construida, o al menos se resignifican, quitándole los elementos que generen disenso²⁰. Este proceso desemboca en la elaboración de memorias plagadas de silencios, descontextualizaciones, omisiones y, en ciertos casos, tergiversaciones que responden a los anhelos de consenso enarbolados por los distintos círculos de poder.

En el caso chileno esto es bastante visible. Las diferentes instituciones representativas de los sectores de poder han optado por una conmemoración moderada de la fecha, proyectando una imagen neutral hacia la sociedad -muchas veces sin siquiera aludir a los acontecimientos rememorados- y construyendo "versiones" del pasado que no pretenden entrar en conflicto directo con otras. Esto no significa, sin embargo, que se renuncie a instalar una memoria hegemónica en la sociedad. No se trata exclusivamente de acallar las voces evocativas y soslayar los significados de cada aniversario. Por el contrario, es necesario entender estas construcciones como un tipo de elaboración de lo acaecido en particular que, en una dimensión distinta, intenta sobreponerse por sobre sentidos del pasado basados en marcos interpretativos más definidos y confrontacionales.

19. *The Clinic*, n° 60, Santiago, 20 de septiembre de 2001, p. 2.

20. Pedro Milos, *op. cit.*, pp. 53 - 54.

En los primeros años de los gobiernos de la Concertación, el Ejército de Chile levantó una versión de la historia reciente de fuerte tono confrontacional, presentando a la intervención militar y su posterior régimen en clave reivindicativa. Con el pasar de la década de los noventa esa proyección fue atenuándose, en consonancia con la actitud del Ejecutivo, quien dejó de otorgarle relevancia a los temas conflictivos -como los Derechos Humanos-, enfocándose en la “modernización” de las Fuerzas Armadas. El discurso conmemorativo pasó a ser en extremo pasivo, evitando cualquier roce con los sectores sociales afectados por la dictadura. La llegada a la Comandancia en Jefe de Juan Emilio Cheyre, en marzo del 2002, acentuó este fenómeno. Si bien al interior de la “familia militar” se han seguido invocando los mismos tópicos utilizados en las últimas décadas, algo especialmente evidente en la transmisión intergeneracional de la memoria institucional, las declaraciones hacia la opinión pública se caracterizan por las “referencias oblicuas” hacia lo conmemorado y, como ya mencionamos, a un énfasis en el futuro por sobre el pasado²¹.

Las políticas apaciguadoras de la memoria también se reproducen en otras instituciones. La Iglesia, como ha demostrado María Angélica Cruz, también participa dentro de este proceso de “blanqueamiento” de la memoria, neutralizando sus elementos conflictivos. Los temas de Derechos Humanos, los más sensibles para la religiosidad de cada persona, se tratan de una manera en que la institucionalidad eclesíástica aparece sólo como un “buen samaritano”, ayudando al desvalido, y no mostrando su acción impulsada por móviles políticos. Por otro lado, el énfasis ya no se coloca en la falta de espacios de expresión o en los “excesos” de la represión estatal, sino que ahora se pondrá en el tema de la pobreza y la solidaridad, aunque sin articular desde allí una crítica al sistema impuesto durante la dictadura²². La elaboración del pasado resultante coincide con las políticas de la memoria impulsadas por los otros centros de poder, algo especialmente notorio cuando observamos los esfuerzos del Ejecutivo en esta materia.

21. María Eva Muzzopappa, “Savia nueva de un árbol eterno. Ejército, jóvenes y memoria en la Escuela Militar (Chile, 1971 - 2002)”, en Eric Hershberg y Felipe Agüero (comps.), *Memorias militares sobre la represión en el cono sur. Visiones en disputa en dictadura y democracia*, Siglo XXI, Madrid, 2005, pp. 130 - 135.

22. María Angélica Cruz, *Iglesia, Represión y Memoria. El caso chileno*, Siglo XXI, Madrid, 2004, passim.

El sentido del pasado impulsado desde el Gobierno se caracteriza por el silenciamiento de los tópicos problemáticos y por la generación de una mirada al pasado marcado por el dolor, la tragedia y el optimismo del presente. El quiebre democrático de 1973 es concebido como el inicio de un oscuro capítulo de la historia nacional, sin ahondar demasiado en sus causas ni identificar los responsables de la instauración de ese régimen. La Nación, siguiendo las directrices oficialistas, reflexionaba en los siguientes términos en el aniversario del 2003.

Por haber conocido los estragos que provocó la intolerancia y la división entre nosotros, por haber sufrido las consecuencias del debilitamiento del sentido de nación, por haber pasado por la dura experiencia del arrasamiento de las garantías individuales, es que hoy necesitamos defender decididamente las instituciones que nos protegen a todos.

Ha sido provechoso el proceso de sacar a la luz los hechos del pasado, pese a que inevitablemente implicaba revivir las tensiones y los desgarramientos de entonces. Pero tenemos que hacernos cargo de nuestra historia, incluidos los capítulos más oscuros y dramáticos, porque de ello depende que saquemos lecciones valderas.

Los dolores deben convertirse en fuente de lucidez, deben ayudarnos a ver más claro y a pensar mejor. Tenemos que hacer lo posible para que los sufrimientos nos aporten sabiduría. Eso permitirá dejar una buena herencia a las nuevas generaciones²³.

Es recurrente dentro de las declaraciones de este tipo presentar los sucesos traumáticos de la historia reciente como fuente de enseñanza para la acción presente y futura, desmenuzando sus componentes y marginando los conflictos. La conmemoración apunta precisamente a acabar con la divergencia que propició el golpe de Estado, por lo que las víctimas necesitan presentarse como ejemplos de algo que se busca no repetir, dejando de lado una elaboración más profunda del período en cuestión. Las cuentas pendientes en torno a los Derechos Humanos se recubren con un aura de optimismo sobre el momento en que se vive, caracterizado por la consolidación del orden democrático y las auspiciosas expectativas de desarrollo futuro.

23. La Nación, "Proteger la democracia", Santiago, 11 de septiembre de 2003, p. 14.

De todos modos, a partir del poder estatal se han generado instancias en donde se ha intentado esclarecer y cuantificar los efectos del terrorismo de Estado del régimen militar. Al conocido como “Informe Rettig” durante el gobierno de Patricio Aylwin, que investigaba las detenciones con resultado de muerte, le siguió en esta línea la “Mesa de Diálogo” que fue respaldada por el naciente gobierno de Ricardo Lagos. En ella se dieron a conocer los paraderos de varios detenidos desaparecidos, siendo catalogada entonces esta instancia como un éxito. Posteriormente, sin embargo, se ha comprobado la falsedad de muchas de estas informaciones, deslegitimando en gran medida este intento²⁴. El “Informe Valech”, preocupado de recoger testimonios de tortura, ha sido el último gran paso dado en este sentido, generando una enconada polémica en torno al mecanismo de construcción del informe y su nivel de veracidad. Tanto en el nivel retórico como en el práctico, las acciones estatales de reparación y justicia han sido bastante esquivas, siendo esto coincidente con sus políticas de la memoria. Si bien ha existido la voluntad política de afrontar las violaciones de los Derechos Humanos, algo que se explica también por la identidad política de las colectividades en el poder y la propia experiencia de los mandatarios, el modo de abordar el tema impide una reparación mediante la justicia.

Brian Loveman y Elizabeth Lira, quienes han estudiado desde una perspectiva histórica la anulación de conflictos en la sociedad chilena, han planteado el concepto de “vía chilena de reconciliación política” para graficar el intento permanente por parte de las elites por suprimir conscientemente aquellos temas problemáticos y, de ese modo, proyectar una imagen de comunidad social sin fisuras mediante la reintegración de los excluidos en los sucesivos quiebres de la historia nacional²⁵. La “reconciliación”, como objetivo anhelado por los círculos de poder actual, apela al silencio como condición de paz social, y no a la justicia por los crímenes perpetrados. El cuadro creado por las “memorias superficiales” se encuentra en función de esta meta, alimentándose del mito de la unidad perdida que sería necesario restablecer.

24. Patricio Navia, *Las grandes alamedas. El Chile post Pinochet*, La Tercera - Mondadori, Santiago, 2004, pp. 270 - 273; María Soledad Ruiz, *Memoria colectiva del 11 de septiembre de 1973 y reconciliación nacional*, Santiago, Tesis de Magister en Psicología, mención Social Comunitaria, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2003, pp. 23 - 25.

25. Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política. 1932 - 1994*, LOM, Santiago, 2000, pp. 541 - 542.

El sentido elaborado por el poder en el sexenio estudiado hace también uso de las imágenes proyectadas por los protagonistas de los sucesos rememorados. Las figuras de Pinochet y Allende, por ejemplo, sufren suertes diferentes a la hora de construir este tipo de memoria. El primero es fuertemente atacado por los sectores afines al gobierno. Los diferentes escándalos estallados durante los últimos años, en donde la imagen de probidad y honestidad del ex-dictador se ha destruido, ha alimentado este fenómeno. Pinochet ya no recibe a sus fervorosos adherentes cada “once”, debido a que ya no se presentan. Asimismo, las organizaciones basadas en el legado pinochetista se han visto fuertemente afectadas, bajando fuertemente la intensidad y el impacto que tenían sus actos conmemorativos²⁶.

Por el contrario, la figura de Allende sufrió una aguda revalorización dentro de las políticas de la memoria, principalmente a partir de la labor gubernamental. Con todo, como toda evocación, este esfuerzo fue altamente selectivo. No existe un análisis de mayor alcance sobre varios aspectos del ex-presidente que, de ser tratados, posiblemente causarían incomodidad no solamente en los que fueron sus detractores. No hay, por ejemplo, menciones al ideario marxista-revolucionario de Allende, ni a su programa de profundos cambios estructurales de corte estatista, algo opuesto a lo defendido por su misma colectividad en los inicios del siglo XXI. Este fenómeno será especialmente palpable en el 30° aniversario del golpe de Estado en el 2003, al cual le hemos dedicado un apartado especial. Antes de tratar esas dinámicas, sin embargo, es necesario analizar quizás la mayor particularidad de las políticas de la memoria en este sexenio: el rol de la violencia en las prácticas rememorativas.

La Violencia. La ilegitimidad de la memoria

El acto de rememorar un evento traumático no se queda sólo en el esfuerzo mental de otorgarle un sentido a lo acaecido. Dependiendo de la vinculación que se forme entre la experiencia personal y las narrativas colectivas

26. Esto último debe ser matizado. El 10 de diciembre del 2006, después de la redacción de estas páginas, Pinochet falleció en el Hospital Militar. Sus simpatizantes acudieron masivamente a su funeral organizado en la Escuela Militar, reviviendo un lenguaje hostil en contra del Gobierno (que no declaró duelo nacional), y la prensa. Con todo, más que la expresión de un fenómeno soterrado con proyecciones futuras, creo que fue el último acto público de la “memoria emblemática” pinochetista.

sobre el pasado, la memoria requiere de su expresión pública, junto a quienes comparten la visión propugnada. Las marchas, concentraciones, mítines y discursos son comunes a los actos conmemorativos en relación a las dictaduras en toda América Latina, protagonizados generalmente por asociaciones de Derechos Humanos y de la izquierda política, siempre proclives a la ocupación de los espacios públicos. En Chile estas dinámicas comenzaron a desarrollarse tímidamente durante los setenta, para estallar con furia en los ochenta. Bajo los gobiernos de la Concertación, en los noventa, se continuó con estas prácticas expresivas cada “once”, emergiendo lentamente nuevos actores y nuevas voces.

Las autoridades y los dispositivos mediáticos de los distintos sectores de poder, antes y durante el sexenio en estudio, rechazaron toda manifestación violenta con virulentos epítetos. A decir verdad, las construcciones de sentido sobre el pasado y las referencias a los hechos rememorados son mínimas en estos periódicos de circulación masiva en comparación con la cobertura a las manifestaciones callejeras de cada “once”. En estas extensas y detalladas notas se les quitaba toda legitimidad ante la opinión pública a aquellos individuos generadores de violencia, ligando sus acciones a perversos intereses destructivos y no a prácticas de la memoria. Con todo, sería un error concebir a las nociones emanadas desde las estructuras de poder como unívocas y monolíticas. Existen entre ellas énfasis diferentes, divergencias e incluso algunas contradicciones. Quizás en el tema de la violencia conmemorativa se expresa con mayor claridad este fenómeno, en tanto existen percepciones disímiles sobre la motivación de la violencia y los sectores sociales y políticos que la apoyan y ejecutan. En estas dinámicas existen aún sutiles pugnas por la elaboración del pasado, remanentes de la lucha entre las “memorias emblemáticas” de antaño.

El Mercurio, en estos años, le otorgará tanto a la violencia diurna de las manifestaciones callejeras como a la nocturna periférica -en los barrios tradicionalmente “combativos” de Santiago como Lo Hermida, La Victoria, Villa Francia, La Pincoya, El Castillo, Los Copihues, etc.-, tradicional en cada “once”, un basamento esencialmente político. En el 2001, por ejemplo, los destrozos producidos en varios puntos de la capital fueron atribuidos a agrupaciones de “extrema izquierda”, que tendrían “vinculaciones que nadie

ignora con el PC"²⁷. Para esta visión, las memorias levantadas por estos grupos carecerían de legitimidad y arraigo social, en la medida en que defienden visiones supuestamente sesgadas del pasado, amparados en acciones ilícitas y discordantes con el espíritu de consenso que emana desde el poder. Es por ello que no existe ni siquiera el intento de contrastar las "versiones" que se tienen del pasado reciente. Sólo hay una negación totalizante y silenciadora.

Este mismo esfuerzo realizan las estructuras gubernamentales y sus medios afines, pero basados en un análisis diferente. Para esta perspectiva, el móvil principal de las manifestaciones sociales no sería político, extremista o subversivo, sino solamente delictivo. No existiría una conexión entre memoria y acción que hiciese inteligible el conflicto. Por el contrario, el tenso ambiente generado por cada aniversario del golpe militar sería aprovechado por grupos de "lumpen" los cuales sólo estarían interesados en sacar provecho material ilícito, aprovechando las ventajas de la noche, del convulsionado contexto. El hecho de que, además, sean identificados como "jóvenes" ayuda al esfuerzo deslegitimador de la memoria, en tanto serían sujetos sin una experiencia directa de lo rememorado y, por tanto, carentes de los atributos necesarios para manifestarse ese día. Un silogismo a todas luces discutible, pero mediáticamente efectivo.

El fenómeno de la violencia popular asociado a las conmemoraciones del "once", contra toda conjetura al respecto, a recrudecido con el pasar de los años. El 2006, a este respecto, fue especialmente conflictivo. La acción que más revuelo causó en la opinión pública fue el ataque con una bomba incendiaria al Palacio de La Moneda. En los momentos en que las organizaciones de Derechos Humanos transitaban por el costado de la sede de Gobierno, para detenerse en la simbólica puerta de Morandé 80 y en el monumento a Salvador Allende, grupos anarquistas arrojaron el artefacto hacia una ventana del edificio, suscitando un pequeño principio de incendio. Tanto en las sensibilidades conservadoras como en el mundo concertacionista, esta acción generó una aguda indignación, condenando con mayor ahínco la violencia como forma de manifestación y centrando ahora sus dardos en los grupos anarquistas. El Mercurio calificó el hecho de "presagio ominoso" para la estabilidad social, criticando tanto a los perpetradores del hecho -motejándolos de sustentar una "ideología totalitaria"
27. *El Mercurio*, "Nuevo aniversario violento", Santiago, 14 de septiembre de 2001, A 3.

sin importarles “la suerte del sistema democrático”-, como también al Gobierno por permitir, con su excesiva flexibilidad ante las manifestaciones de cada “once”, la generación de estos episodios²⁸. Los anarquistas, para este mismo periódico, son definidos como aquellos individuos que desprecian la autoridad y las leyes, atacan la propiedad privada y la seguridad individual, presentando y defendiendo la “moralidad de la gente corrupta”²⁹. Estos deleznable grupos, además, habrían desarrollado un grado de organicidad importante -lo que descartaría la mera motivación delictiva de la violencia callejera-, que se demostraría en las supuestas acciones coordinadas en una treintena de comunas en todo el país, siguiendo las directrices de misteriosos “Consejos Revolucionarios Anárquicos”³⁰.

La Nación, por su parte, recogió las implicancias simbólicas del ataque a La Moneda, sin dejar de criticar a sus autores y deslegitimar sus acciones. La bomba molotov, en este sentido, fue “una puñalada al corazón de los millones de chilenos y chilenas que sufrieron el oprobio dictatorial”, en tanto el edificio es concebido como la encarnación de los valores democráticos y republicanos, ejemplificados en el “sacrificio” de Salvador Allende. Esto, a su vez, se liga con el optimismo en relación presente ya mencionado. Así, el ataque carecería de legitimidad y lógica, al constatar los enormes avances del sistema democrático en materias de libertad de expresión y generación de espacios de diálogo. Esta situación no habría podido ser comprendida por los grupos anarquistas en virtud de su “infantilismo ideológico”³¹, expresión común dentro de los debates de la izquierda chilena de las últimas décadas.

Los espacios generados por las irrupciones de la memoria, como la memoria misma, son cambiantes y susceptibles de reorientar sus significados. Los aniversarios de acontecimientos fundacionales y conflictivos pueden ser utilizados para expresar otro tipo de divergencias, instrumentalizando los momentos de expresión colectiva para poner en el tapete distintas críticas y malestares. Los anarquistas, que han estado presentes en las manifestaciones

28. *El Mercurio*, “Violencia que erosiona la democracia”, Santiago, 12 de septiembre de 2006, p. A 3.

29. *El Mercurio*, “¿Qué es un anarquista?”, Santiago, 13 de septiembre de 2006, p. C 7.

30. *El Mercurio*, “Orden público amenazado”, Santiago, 14 de septiembre de 2006, p. A 3.

31. *La Nación*, “Bomba molotov contra La Moneda”, Santiago, 11 de septiembre de 2006, p. 8; *La Nación*, “Violentismo a la justicia”, Santiago, 12 de septiembre de 2006, p. 8.

de cada “once” a lo menos desde 1999 -como lo apunta Azún Candina³²-, se han incorporado a las dinámicas rememorativas en los espacios públicos, participando de la elaboración del pasado que allí se defiende y agregando temáticas en disputa de la contingencia, como la obligatoriedad del servicio militar o la falta de espacios de expresión de la juventud. La maleabilidad del recuerdo y de la acción ligada a la memoria permiten la resignificación de sus contenidos, manteniendo el espacio abierto por la “instalación” original.

Por otro lado, el acrecentamiento de la violencia viene dado por el carácter de válvula de escape a las tensiones sociales que este tipo de fechas ha venido adquiriendo. Con o sin relación a los eventos rememorados, las noches de cada “once”, especialmente la del 2006, se han transformado en violentas refriegas entre múltiples sujetos populares y las fuerzas policiales. Esto, además, ha venido acompañado de la progresiva reactivación de una serie de movimientos sociales que han presionado duramente al Estado con sus demandas, suscitando –a pesar del despliegue mediático contrario- una fuerte adhesión ciudadana.

El 11 de septiembre ha devenido, finalmente, en un espacio de liberación violenta, en donde los conflictos sociales que las estructuras de poder han querido anular se expresan con una incontrolable dureza. Ciertamente, aún existen -y con fuerza- las memorias divergentes que participan de esta conmemoración. De hecho, violencia y memoria tiene un vínculo directo, en tanto se concibe como el origen de las situaciones criticadas el mismo evento rememorado cada “once”, a saber, la impunidad de los crímenes de Estado y la implantación vertical del sistema neoliberal durante la dictadura, con las inherentes desigualdades que éste conlleva.

Altos y Bajos. Los 30 años como “factor desencadenador”

Dentro de los vaivenes de la memoria existen momentos en los cuales se aceleran sus efectos y se potencian la fuerza de sus acciones. Una serie de sucesos relacionados con un evento traumático tienen la capacidad de retrotraernos inevitable y colectivamente hacia ese momento, recrudesciendo

32. Azún Candina, *op. cit.*, p. 41.

momentáneamente las luchas por la memoria. Estos eventos pueden ser aprehendidos bajo el rótulo de “factores desencadenadores”, entendiendo por ellos todas aquellas situaciones que susciten el debate público sobre las elaboraciones del pasado. Los aniversarios “redondos” de los quiebres institucionales o de otras experiencias traumáticas constituyen momentos ejemplares de este tipo. En momentos como esos se han propiciado (y seguirán propiciando) la conformación de espacios expresivos de lo recordado, en donde a través de un intenso debate público se generan instancias de “absorción y recapitulación” de la memoria³³.

En el 2003 se cumplieron treinta años del golpe de Estado. Ante tal evento, distintos sectores sociales reconfiguraron sus narrativas del pasado, contrastándolas y defendiéndolas mediante un masivo debate público. La intensa producción editorial en torno al tema, los reportajes especiales que se multiplicaron copiosamente por todos los medios de comunicación y los incontables seminarios e instancias de diálogo generados en universidades y otros centros de creación de conocimiento, entre otros esfuerzos evocativos, fueron la tónica en los meses previos al 11 de septiembre. Fue en este contexto en donde una vez más se planteó la confrontación entre “memorias superficiales” y “memorias profundas”, aunque con algunos matices. El aniversario “redondo” reavivó las elaboraciones del pasado con ambición analítica e interpretaciones complejas, incluso dentro de los mismos sectores que propugnaron en este sexenio la neutralización de la carga conflictiva de estas memorias. La derecha política y su base social, ante la arremetida de memorias condenatorias de la dictadura y restauradoras de la figura Salvador Allende, se escudó en las argumentaciones explicativas clásicas del “pronunciamiento” militar y en la defensa de las profundas reformas llevadas a cabo en el “gobierno militar”. Cada elemento constitutivo de las memorias estaba en disputa, incluso los modos de nombrar los distintos hechos.

El Mercurio al igual que el resto de los medios de comunicación, le dedicó amplios espacios a temáticas relacionadas con el aniversario. En variadas ocasiones se les otorgó la palabra a los protagonistas políticos de aquellos años, quienes obviamente levantaban “memorias profundas” y elaboradas de lo acaecido. Sergio Onofre Jarpa, líder del Partido Nacional y posterior ministro

33. Alessandra Carvalho y Ludmila da Silva Catela, *op. cit.*, p. 199.

de Pinochet, por ejemplo, sacó la voz por este medio, luego de varios años de inactividad política. Su mensaje fue abiertamente crítico, no solamente por las evidentes diferencias con el gobierno de turno y con los sostenedores de memorias negativas de la dictadura, sino también por el intento de colocar artificialmente la mirada en el futuro por parte de aquellos que vivieron el período del quiebre³⁴. Las pugnas entre “memorias superficiales” y “memorias profundas”, es necesario hacer notar, no se da solamente entre aquellas rememoraciones ligadas a la izquierda no-concertacionista o a las asociaciones de Derechos Humanos y las estructuras de poder blanqueadoras y estabilizadoras del recuerdo, sino también, y sobre todo en esta coyuntura, entre quienes aún defienden visiones positivas del régimen militar y los mismos círculos de poder. Más que la pugna entre los contenidos disímiles de la memoria, las tensiones se generan entre las distintas formas de construir una narrativa sobre el pasado.

Además de los espacios otorgados por El Mercurio a estas y otras temáticas relacionadas con el aniversario, el mismo periódico se adentró también en elaboraciones sistemáticas del pasado, rescatando gran parte de los elementos defendidos en las décadas anteriores. Las editoriales de los días cercanos al “once” se enfocarán a esta tarea. El 11 de septiembre de 1973, en este sentido, habría significado tanto la salvación del país ante el serio peligro de caer bajo el yugo de un régimen totalitario de cuño marxista como la derrota militar de quienes anhelaban hacer ingresar al país dentro de la órbita soviética. Así, la tan conflictiva fecha sería en realidad una “efeméride señera”, en tanto conmemora “el inicio de un período de modernización económica y social y de superación de la amenaza revolucionaria terrorista y armada”³⁵.

Las “memorias profundas” fueron especialmente evidentes en las posiciones extremas de las gamas de rememoración. The Clinic, que desde su fundación abogó por una línea definida de sentido del pasado, participó activamente dentro de estas dinámicas conmemorativas. Ese 11 de septiembre, por ejemplo, este periódico lanzó una edición especial, enfocada exclusivamente en la experiencia de la Unidad Popular y el profundo quiebre que significó el golpe militar. Las pugnas contra las “memorias superficiales”, además,

34. *El Mercurio*, “Jarpa afirma que quienes vivieron la UP no pueden mirar sólo el futuro”, Santiago, 5 de septiembre de 2003, p. C 6.

35. *El Mercurio*, “Conmemoración y violencia”, Santiago, 10 de septiembre de 2003, p. A 3.

se plantearon de forma explícita. Ante las explosiones evocativas que por entonces se experimentaban, *The Clinic* notará el deleznable intento de quienes lavan “un período que fue pura impureza”. De hecho, según esta visión, las orientaciones dominantes de la memoria estarían coludidas en “un gran acuerdo tácito por desaparecer los conflictos profundos y quedarnos con una visión tranquilizadora para todos”. Más adelante agregaba: “El caso de la UP está desviolentado, su fuerza social ha sido descafeinada y su consecuencia fatal, a la postre, se ha ido instalando como una anónima responsabilidad colectiva”. Así, se estaría intentando componer “un pasado menos complejo de lo que fue, menos exasperante, menos incómodo”, en donde “más que sacando lecciones de él, quizás le estemos dando una lección”³⁶. El gobierno de la Unidad Popular, en esta perspectiva, será concebido ciertamente como caótico e inestable, en donde las condiciones de convivencia se habían destruido y los altos grados de polarización clausuraban toda posibilidad de diálogo, pero también como años de una inédita liberación, creación y acción colectiva, tanto así que “los miserables se sintieron por un rato tan personas como sus patrones millonarios”, gracias al masivo apoyo que tenían las fórmulas de cambio social profundo³⁷. Así, si bien hay elementos autocríticos de la actuación de los adherentes al gobierno de Allende en esos años, la construcción de la memoria enfatiza la ruptura, en tanto habría venido a acabar con un tiempo idílico de altas potencialidades transformadoras. No es, por ende, un rescate descontextualizado de elementos aislados funcionales a una narrativa consensuada. Ciertamente hay una selección, como en toda memoria, pero sus elementos se articulan en base a una línea definida y confrontacional de interpretación del pasado.

Ante la importancia de la fecha y la interpelación que significaba a la conciencia de la sociedad chilena, el Ejecutivo no podía marginarse de la profusión de actos conmemorativos. De hecho, este aniversario sirvió para desplegar un intenso aparataje mediático destinado a renovar la simbología relacionada con el pasado reciente, lo cual era coincidente con la política general de neutralización de la memoria conflictiva impulsada desde la institucionalidad estatal. En una pulcra ceremonia realizada en La Moneda, el presidente Lagos –protagonista absoluto de este evento– procedió a reinaugar la famosa puerta de Morandé 80. Esta era una entrada lateral del Palacio de La

36. *The Clinic*, “La historia aseada”, Santiago, n° 110, 21 de agosto de 2003, p. 11.

37. *The Clinic*, “Aquí UP”, Santiago, edición especial, 11 de septiembre de 2003, pp. 2 - 3.

Moneda, usada preferentemente por los Mandatarios. El cadáver de Allende, además, fue retirado por aquella puerta, siendo clausurada posteriormente bajo la dictadura.

El gesto de Morandé 80, presentado impecablemente desde el punto de vista mediático y simbólico, encierra varios significados e ideas-fuerza que el Gobierno quiso concientemente proyectar en aquella ocasión. Así, es posible notar un esfuerzo por recuperar una tradición y una realidad política anterior al golpe de Estado, lo cual implica una referencia no sólo a la Unidad Popular, sino también a las administraciones de distinto signo que se sucedieron en el siglo XX. De este modo, era posible incluir a todos los sectores políticos dentro de la reapertura de la puerta de La Moneda, evitando las interpretaciones conflictivas que identificasen en el gesto una inclinación política clara. Además, la reinauguración de esta entrada apuntaba a graficar la recuperación de un estilo de hacer política interrumpido por la dictadura, es decir, una orientación negociadora, conciliadora, dialogante y flexible del actuar de las distintas fuerzas. Esto se complementaba con el esfuerzo por reinstaurar, por lo menos en un plano simbólico, la cercanía del poder estatal con la sociedad civil. Morandé 80 fue tradicionalmente asociada a la probidad institucional y a los valores republicanos de igualdad de los ciudadanos. Muchas veces por esa puerta, se señaló entonces, salieron presidentes de Chile a la calle luego de su jornada laboral, como un trabajador más. Con esto se intentaba también proyectar una idea de equilibrio de poderes, mutuamente controlados, entre Estado y sociedad civil, situación contraria a la vivida bajo el régimen dictatorial de Pinochet.

La ceremonia, luego de estas impactantes y significativas escenas, continuó con la interpretación de la "Cantata de los Derechos Humanos", interpretada por primera vez en la Catedral de Santiago en 1978, a instancias de la Vicaría de la Solidaridad. Luego, hicieron uso de la palabra el capellán católico del Palacio de La Moneda, el sacerdote Percival Cowley, y el obispo metodista Nefalí Aravena. Las invocaciones de ambos se insertaron dentro de las políticas de la memoria impulsadas desde el Estado, en tanto las referencias a temas conflictivos son mencionados de forma oblicua, haciendo énfasis en ideas generalizadoras e integradoras. Así, por ejemplo, el representante católico pedía "por todos los civiles y uniformados que sufrieron la muerte", sin mencionar a

manos de quién ni en qué escenario. La misma línea siguió el obispo Aravena, concentrándose en la idea de la culpa colectiva. Las invocaciones a la divinidad se dirigieron a rogar por su protección y por la mantención de la estabilidad social³⁸.

El cierre del acto conmemorativo lo protagonizó el presidente Lagos, quien en una breve y concisa alocución reafirmó el sentido general que desde el Estado se le quiso imprimir a la memoria en aquella llamativa fecha. El discurso se caracterizó por enfatizar las ideas de reflexión y recogimiento que debía inspirar la fecha, los cuales deberían conducir a la consolidación de la legitimidad de los valores democráticos, republicanos y patrios. Así, además del reconocimiento a los caídos durante el régimen militar, se enfatizaron una vez más los valores rectores de la acción política propugnados tradicionalmente por la Concertación, a saber, la estabilidad y la convivencia pacífica. Es por ello que los conceptos ocupados en el discurso para referirse a distintas realidades conflictivas fueron altamente evasivos. Palabras como “Pinochet”, “golpe de Estado”, “dictadura”, “detenidos desaparecidos”, “tortura”, “neoliberalismo” o “represión”, entre varias otras utilizadas en algunas rememoraciones de izquierda, fueron reemplazadas por “tragedia”, “sacrificio”, “dolor”, “recogimiento” y “reflexión”. El carácter inclusivo e integrador de estas últimas las hacía altamente funcionales a los objetivos propuestos del acto conmemorativo gubernamental³⁹.

Los medios de comunicación, en general, se rigieron por estos parámetros al tratar el tema del quiebre institucional de 1973. Varios canales de televisión, por ejemplo, elaboraron y exhibieron documentales alusivos al tema. Lejos de incursionar dentro de una explicación de lo sucedido, una comprensión del hecho rememorado y una valoración del actuar de cada sector, estos programas se enfocaron en reconstruir hasta en su detalles los hechos ocurridos en algunas cuadras del centro de Santiago el día 11 de septiembre de 1973. Estas representaciones fueron exageradamente descontextualizadoras. Se sobredimensionó el acontecimiento por sobre la interpretación, el hecho impactante por sobre sus consecuencias traumáticas. No se puede percibir en

38. Ministerio Secretaría General de Gobierno, Secretaría de Comunicación y Cultura, *Acto conmemorativo 30 años: 11 de septiembre de 1973 - 11 de septiembre de 2003*, Santiago, Gobierno de Chile, 2003, pp. 29 - 33.

39. *Ibid.*, p. 49 y ss.

gran parte de estos documentales una elaboración unívoca del pasado, sino más bien una construcción neutralizadora y ambigua que lograba conmover al espectador sin presentarle un marco plausible dentro del cual asumir esas imágenes. En los documentales que sí se exhibía una narración de largo plazo, por otro lado, ocurría un fenómeno semejante, que consolidaba además ciertas ideas-fuerzas de la conmemoración impulsadas desde las estructuras de poder: los responsables del quiebre democrático se identificaban en los extremos de aquella sociedad polarizada, es decir, en los militares golpistas y los izquierdistas revolucionarios. El guión televisivo procuraba mostrar imágenes contundentes de uno y otro lado, en algo así -como lo han señalado Mario Garcés y Sebastián Leiva- como una adaptación chilena de la figura popularizada en Argentina de los “dos demonios”. La sociedad, en esta perspectiva, se habría visto dominada por dos poderosas fuerzas excluyentes y destructoras que la habrían llevado a su quiebre traumático. Para lograr la normalización de su funcionamiento, el país tuvo que expiar a estas fuerzas malignas, moderando las posiciones de los dos principales inculpados. Con ello, se reafirman los valores de convivencia pacífica, liberando a la sociedad de tener que afrontar un pasado vergonzoso y doloroso al no otorgarles responsabilidad alguna en lo sucedido⁴⁰.

El 2003, en este sentido, significó un punto de inflexión dentro de los vaivenes de la memoria en el sexenio en estudio. La explosión de la memoria producido por el “factor desencadenador” de un aniversario “redondo”, en este sentido, no se repetirán en los años anteriores y posteriores considerados. Por el contrario, lo que prima es el silencio.

Consideraciones Finales

La memoria, como se ha insistido en las páginas precedentes, es un objeto susceptible de ser instrumentalizado en función de intereses coyunturales, usando (y abusando) para ello de los silencios y las evasiones. En el Chile de inicios del siglo XXI este fenómeno se ha agudizado, reconfigurando de manera desigual los combates por la memoria.

40. Mario Garcés y Sebastián Leiva, *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, LOM, Santiago, 2005, pp. 9 - 10.

El aparato mediático de las estructuras de poder han logrado instalar al consenso, a la estabilidad y a la neutralidad como ejes vectores de la memoria por ellos propugnada. Los espacios disponibles para la expresión de los sentidos del pasado han sido copados por estas versiones silenciadas del trauma reciente. Las “memorias profundas”, desde una desventajosa posición, han generado prácticas de resistencia que, a pesar de la espectacularidad de algunas de sus acciones, no logran impactar de modo considerable la sensibilidad general de la sociedad con respecto a los avatares de las últimas décadas. No ha sido posible instalar una narrativa elaborada sobre el pasado que recoja, por ejemplo, las demandas pendientes de justicia en torno al tema de Derechos Humanos, ni tampoco se han podido generar espacios públicos legitimados en donde se inicie este trabajo. La violencia, en este sentido, y la condena totalizante recibida desde los grupos dominantes, ha sido instrumentalizada con el fin de acallar las construcciones complejas del pasado, como también del resto de las demandas surgidas en los años siguientes al evento rememorado.

Sin embargo, desde la intelectualidad y la producción editorial se han venido desarrollando en el último tiempo los intentos más serios por pasar a la primera fila en los combates por la memoria. Mediante una reactivación del interés por los temas de la historia reciente chilena, tratados por varias disciplinas aparte de la historiografía, se ha podido lograr continuar con una elaboración “profunda” de lo acaecido. Las estructuras de poder, se podría señalar, tienen una alta efectividad en algunos planos de la cultura y la memoria, sobre todos aquellos sujetos a la influencia mediática, pero se muestra algo más inoperante ante el pensamiento profesional, de naturaleza múltiple en sociedades con libertad de expresión y de debate como felizmente (aunque con límites) lo es la chilena.

A pesar de esto, subsiste un fenómeno generalizado que, de seguir así, puede tener poderosas consecuencias. El 11 de septiembre, como se apuntó en su momento, ha devenido en un espacio de lucha social, de violencia popular y de protesta generalizada, algo especialmente palpable en la última jornada del 2006. Las políticas de la memoria impulsadas desde el poder siguen sin reconocer en estas prácticas un descontento social profundo, demonizando a la violencia en tanto afrenta a los valores democráticos. ¿Qué sucederá de incrementarse estas

tensiones?, ¿cuándo se reconocerán en los desórdenes de cada "once" una crítica sistémica y un repudio a las inequidades, y no solamente la acción del "lumpen" o de grupúsculos extremistas desbocados? En la medida en que los espacios de la memoria son objetos de resignificaciones y reorientaciones, el "once" chileno podría perfectamente llegar a concentrar la ira social, sumando nuevas temáticas y nuevos actores. El futuro en este escenario no se ve muy halagüeño.

BIBLIOGRAFÍA

María Angélica Cruz, *Iglesia, Represión y Memoria. El caso chileno*, Madrid, Siglo XXI, 2004.

Mario Garcés et alt. (comps.), *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, LOM, 2000.

Mario Garcés y Sebastián Leiva, *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, Santiago, LOM, 2005.

Eric Hershberg y Felipe Agüero (comps.), *Memorias militares sobre la represión en el cono sur. Visiones en disputa en dictadura y democracia*, Madrid, Siglo XXI, 2005.

Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política. 1932 - 1994*, Santiago, LOM, 2000.

Ministerio Secretaría General de Gobierno, Secretaría de Comunicación y Cultura, *Acto conmemorativo 30 años: 11 de septiembre de 1973 - 11 de septiembre de 2003*, Santiago, Gobierno de Chile, 2003.

Patricio Navia, *Las grandes alamedas. El Chile post Pinochet*, Santiago, La Tercera - Mondadori, 2004.

Maria Soledad Ruiz, *Memoria colectiva del 11 de septiembre de 1973 y reconciliación nacional*, Santiago, Tesis de Magister en Psicología, mención Social Comunitaria, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2003.

Steve Stern, *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998*, Dirham, Duke University Press, 2004.